

Al lector

Ángel Sarmiento González

Aun cuando huelga la afirmación, comenzaremos manifestando, que sino pertenecemos al proletariado agrícola, en la verdadera acepción de la palabra, formamos parte de la clase labradora más humilde, de aquella cuya propiedad es tan escasa que los rendimientos obtenidos con el trabajo, no bastan para satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida.

Excusado es decir que jamás fuimos periodistas, ni estamos habituados al uso de la pluma, ni conocemos las leyes porque se rige el idioma. Pero sino aparecerán en las columnas de El Aldeano, por las razones expuestas, atildados artículos de primoroso estilo y de galanas frases, tampoco se notará el defecto, pues los aldeanos que constituirán la contabilidad de nuestras lecturas, prefieren la exposición honrada, la franqueza en el lenguaje, la verdad en la información y la claridad en el concepto, sin preocuparse de formas retóricas, de preceptivas literarias o de reglas gramaticales. Nuestras opiniones serán divulgadas tal como sepamos y nuestras ideas expresadas tal como las concebimos, sin disfrazar el pensamiento y con aquella rudeza característica en los acostumbrados a manejar los aperos de labranza.

Modesto es nuestro periódico y humildes son nuestros propósitos. Limitaremos nuestra esfera de acción a propagar conocimientos útiles de agricultura, o beneficiosos para la ganadería, a defender a la clase labradora siendo órgano de sus asociaciones y sindicatos, a velar por los intereses materiales de las aldeas, abogar por la mejor administración en los municipios rurales y llevar un pedazo de cultura, siquiera sea insuficiente, a los hogares campesinos, ya quede sus lares se hallan proscritos libros, revistas y periódicos diarios por falta de tiempo para su lectura y escasez de recursos para su adquisición.

Y aspiramos a más. Aspiramos a que nuestros hijos, nuestros hermanos o nuestros deudos que allende los mares luchan por la vida con la energía propia de la juventud, experimenten al desdoblarse un ejemplar de El Aldeano, la placentera emoción que embarga el ánimo de aquel que recibe cariñoso recuerdo de los suyos. Intentamos ser la carta abierta que lleve a los hijos de estas montañas residentes en América, las novedades que ocurran en las aldeas donde nacieron, participándoles noticias tristes y dolorosas, unas veces, alegres y satisfactorias, otras, que así son los contrastes de la humana sociedad. Deseamos constituirnos, para aquellos aldeanos que miran lejos de sus hogares paternos, en mensajeros de tiernos afectos, algo así, como una ráfaga de aire de la tierrina que vaya a orear sus almas y avivar sus nostalgias.

Realizaremos los fines que pretendemos, amparándonos en la moral y dentro de aquellas doctrinas que tienen por base la paz social, el amor al trabajo y la práctica de las virtudes. Amantes de nuestras tradicionales costumbres, deseáramos verlas conservadas en las épocas actuales coexistiendo con las maravillas de la ciencia y el progreso de la industria. Pediremos en las aldeas, locales de escuela apropiados a la enseñanza primaria y morada de los maestros; cementerios más decorosos y más amplios que los existentes donde se guardan los restos humanos con el respeto que merecen y la piedad cristiana exige; puentes de piedra sobre los ríos en aquellos puntos que el tránsito lo requiera; mejoras de las vías de comunicación entre aldeas; arreglo de las fuentes, construcciones de lavaderos cubiertos y cuantas demás reformas sean de utilidad y conveniencia pública.

Y circunscribiéndonos a nuestro concejo, solicitaremos además, la amortización paulatina de la enorme deuda municipal que absorbe anualmente más de doce mil pesetas de intereses, cuya cantidad pudiera tener aplicación más provechosa. Pediremos para los aldeanos enseñanza agrícola, recomendándoles continuamente la necesidad de la instrucción con objeto de dignificarse y luchar con ventaja en este rudo batallar de la vida, donde en los tiempos que corremos, la intriga o el favor encumbra a ineptos o malvados y escarnece y ridiculiza la laboriosidad y el talento.

Convencidos que el bienestar de los pueblos depende de la honradez y buena administración y no de las creencias políticas que profesen los hombres de gobierno, se procribirá de las columnas de El Aldeano cuanto se relacione con la lucha siempre candente y apasionada de los partidos políticos. Respetaremos todas las opiniones políticas y jamás consentiremos que nuestras columnas sirvan para ofender a individualidad alguna. Si las circunstancias nos obligaren a intervenir en cualquier clase de polémica, sería

siempre dejando a salvo la honorabilidad de los adversarios y discutiendo únicamente en las regiones de los principios, sin determinar nuestros actos en intereses particulares de egoísmos.

Dada nuestra insignificancia no es de creer que tengamos enemigos, pero si a pesar de nuestra pequeñez llegáramos a tenerlos, sería aquellos que miran con desprecio al labriego, los que tratan con indiferencia al campesino, los que fomentan las discordias entre los aldeanos, los que se juzgan seres superiores a nosotros, por poseer quizá, mayor cultura o tener seguramente posición social más elevada, olvidando muchos de ellos la honrosa labor de sus antepasados abriendo el surco de la tierra para arrojar la semilla. Casi celebraremos tener enemigos; probaría que algo significamos ya que no por nuestro propio valer que es nulo, por la clase social que representamos. No olviden estos enemigos, aunque sean los vinculadores de las riquezas, de la inteligencia y el poder, que nosotros somos los más y en la causa que defendemos se hallan de nuestra parte la razón y la justicia. A la befa que se haga de nuestros conscientes actos, responderemos con el silencio; a los ataques a nuestra honra, contestaremos con los tribunales de justicia; jamás convertiremos el periódico en sentina de cenagosas pasiones.

Terminaremos aseverando que juzgamos patriótica la empresa de *El Aldeano*, que puede resumirse en hacer resaltar la necesidad de la unión y concordia de los labradores para conseguir los fines del mejoramiento común. Somos hombres de fe; tenemos fe en nuestra indomable voluntad ya que no podamos tenerla en nuestras escasas condiciones intelectuales. Tenemos fe en los modestos labriegos que han de ayudarnos con todas sus energías. Confiamos en los hombres inteligentes que nacieron en la aldea y por lo tanto son aldeanos que cooperarán con su ilustración y valiosos consejos a la vitalidad de nuestra obra. Esperamos de aquellos que de la aldea salieron y a la aldea tornaron con la fortuna conquistada, merced a su trabajo, que fueron a buscar, contribuyan con generoso desprendimiento a sostener el periódico. Pero si nos equivocásemos y nos faltase el apoyo de cuantos ahora nos alientan y dicen interesarse en la prosperidad de las aldeas y por el bien general de la clase labradora, entonces, fracasados en la contienda, volveríamos a las oscuridades de nuestra choza con la íntima satisfacción de haber intentado una obra útil y con la conciencia tranquila del deber cumplido por haber luchado en pro de todo aquello que contribuya directa o indirectamente al bienestar material, adelanto intelectual y significación moral del labriego aldeano.

SARMIENTO GONZÁLEZ, Ángel, "Al lector" en *El Aldeano. Defensor de las Asociaciones Agrícolas*. Corao, año I, núm 1. 1º de marzo de 1912. Pág. 1. Gentileza del Museo de la cerámica y los relojes Basilio Sobrecueva.